

aprobacion de los verdaderos amigos de la Iglesia, y si pueden contribuir á reanimar el interes que todos deben tomar en los bienes ó males de esta madre comun de los fieles.

RESPUESTA A ALGUNAS CRITICAS.

Cuando parecieron por primera vez en 1806 estas *Memorias*, los periódicos hicieron de ellas un juicio, generalmente hablando, bastante favorable. El *diario de los Debates*, ó *del Imperio* hizo de ellas un elogio, en su número del primero de noviembre de 1806, sin mezclar ninguna especie de crítica. No fué menos indulgente la *Gaceta de Francia*, y no hubo ninguno que dejase de poner algo sobre el particular: hasta en el *Correo de los Espectáculos* encontramos con sorpresa un artículo á la vez grave, religioso y lisonjero. El *Mercurio* anunció tambien las *Memorias* en su número del 24 de mayo de 1806, y su redactor, despues de haber elogiado buenamente el estilo y talentos del historiador, le reconvino por no haberse estendi-

do lo suficiente acerca de los filósofos, y haberlo hecho demasiado acerca de los Jesuitas y sus adversarios. Esta reconvencion queda completamente destruida en cuanto al primer punto, por las numerosas adiciones que ha recibido en esta edicion la parte filosófica. Por lo que toca al segundo punto, ¿podíamos por ventura dispensarnos de hablar de las cuestiones y disputas, que han agitado la Iglesia por espacio de cincuenta años, dividiendo tan obstinadamente los ánimos y publicando tantos libros? Omitir lo que ha ocupado tan distinguido lugar y escitado tantos disturbios no hubiera sido, á lo que parece, dar á conocer bien la historia de dicho siglo. La mision del historiador es de referir los hechos, y habria derecho para dirigirle reconvenciones, si pretendiese no hablar sino como de paso de largas y animadas contestaciones que por sí solas han llenado la primera mitad del siglo. Por estos motivos no hemos creído que se debiesen suprimir en esta edicion sino aquellas particularidades menos importantes y algunas discusiones que volvian demasiado empalagosa la relacion de los sucesos. Las demas críticas del *Mercurio* versaban sobre detalles bastante minuciosos. El autor respondió á su tiempo á este artículo con una carta, la cual no juzgó á propósito insertar el redactor del *Mercurio*. Hállase en

las *Miscelaneas de historia de filosofía, de moral y de literatura*, 1808, tomo v, pág. 504.

Estas fueron las únicas críticas que sufrieron las *Memorias*, durante algunos años; no contando las observaciones verbales y las cartas particulares dirigidas al autor. Dictadas la mayor parte por el interes y la amistad, no se referian sino á hechos sueltos, ó no estaban destinadas sino á pedir aclaraciones. Mas al cabo de cinco años, cuando ya las *Memorias* habian producido su efecto, cuando estaba casi agotada la edicion, vióse aparecer un grueso volumen con este título imponente. *La verdad y la inocencia vengadas contra los errores é imposturas de un libro anónimo titulado, Memorias para servir á la Historia Eclesiástica durante el siglo XVIII, por el P. B. L., antiguo profesor de teología. Paris, Doublet, 1811.* Este P. B. L. era el padre Lambert, dominico, el cual habia descendido mas de una vez á la arena para el sosten de una causa, de la que era considerado como el postrer apoyo. Conocida era ya la fecundidad y vehemencia de su pluma, mas es necesario confesar que no habia desplegado en ninguna parte el calor y energía que desplegó en su larga y terrible alegacion contra las *Memorias*.

En otro tiempo, teniendo el doctor Arnould, que combatir á los adversarios de su doctrina, no

les perdonaba ni los mas duros epitetos. Sábese muy bien de que manera trató al abate Mallet, por haber tenido este la presuncion de escribir contra él. Llamóle *doctor mezquino, doctor sin nombre, espíritu mal formado, cerebro desorganizado, aturdido, impertinente, ignorante, loco, ciego, furioso*: y como hasta sus propios amigos se asombrasen de este estilo tan acre, el mismo Arnauld publicó una *Disertacion segun el método de los géometras para justificar á los que emplean, en sus réplicas, términos que considera fuertes el mundo*. El P. Lambert habia leído sin duda la tal disertacion, y á la verdad, no podia escoger modelo mas á propósito que el del infatigable Arnauld. Mas, como todo se perfecciona, aventajó todavía á su maestro, y nadie se ha valido con mas anchuras de esos *términos que considera fuertes el mundo*. Así quellama las *Memorias insípida gaceta, un libro soso, una triste rapsodia*. Por lo concerniente al autor *no es sino un declamador sin buena fe, una especie de iluminado, un detractor oscuro, un empalagoso compilador, un escritor pesado, trivial, neciamente glorioso, arrebatado, ciego, impudente, ignorante simple, imbecil...* Estas últimas calificaciones las repite con mucha frecuencia el P. Lambert, especialmente cuando crece de puntos su rabieta; y á la verdad no es extraño. Tal es el estilo gracioso,

amable y atento de ese bueno religioso; tal la dulce y amena pluma de este patron del gran precepto de la caridad. Los Garasse y los Scioppius, de quienes se ha hablado tanto, no fueron ciertamente tan violentos ni irascibles. Casi cada página del domínico arroja ese tono de arrogancia y amargura. Ora afecta para con su adversario las mas altaneras formas, ora le prodiga las espresiones mas despreciativas, ora llama en fin á su socorro. Todo lo que la lengua puede ofrecer de dicterios acres, y hasta los varia con una fecundidad inconcebible, todo sin duda por caridad, como Arnauld. De esta manera defiende su causa este humilde y modestísimo teólogo. Parécenos que mas ha perdido su causa con semejante apología, que la de nuestras *Memorias*. Desconfiase por lo comun de un abogado que recorre á las injurias, y nosotros mas de una vez nos hemos sentido movidos á piedad por un anciano, por un sacerdote, un religioso, á quien ni su edad, ni su caracter, ni el sentimiento de su decencia no pudieron preservar de semejantes arrebatos.

Mucho nos guardaremos de pagar al P. Lambert con la misma moneda. Es un recurso que es necesario abandonar á los que no pueden echar mano de otros. Por otra parte, todavía nos quedará otro motivo de consuelo, si puede ser tal; y es

que nuestro adversario no ha estado mas moderado ni mas atento para con un gran número de personajes distinguidos en dignidad. Suya es la costumbre de reñir y azotar á roso y velloso, á todos los que tienen la desgracia de no pensar como él; y como haya muchos de esta categoría, y el no se la perdona á nadie, resulta de esto que su libro no contiene sino una serie casi nunca interrumpida de reconvenciones, regañaduras, arrebatos é invectivas, y cuenta que el pio dominico se da aires de no tener jamas ningun acceso de cólera. Los obispos, en especial, juegan un gran papel en los esparcimientos de su bilis: rara vez los nombra sin asociar á su nombre algun signo de desprecio. Así dice: *un tal Antelmy, un tal de Malissoles, un tal de Belzunce, un tal de la Motte.* Con todo, estos obispos eran prelados verdaderamente edificantes, estimables, celosos; mas no eran favorables á los apelantes, y en vista de esto ¿qué mérito podian reunir? Muy mal hicieron el cardenal de Bissy y M. Languet, arzobispo de Sens, en escribir acerca de estas disputas. El P. Lambert les libró combate sin cuartel. *Ese pobrete de M. de Bissy, dice, ese buen M. Languet...* Muchos otros no salieron tan bien librados, por cuanto afirma que el nombre solo de M. de Tencin es un oprobio; revuelca en el cieno á M. Lafitau, obispo

de Sisteron; amancilla al cardenal de Mailly, arzobispo de Reims; llama al cardenal de Fleury, *inepto, infiel, hipócrita*; y en una larga retahila contra Fenelon, zurra reclamatione á este grande arzobispo, reprendiéndole con calor *su ignorancia en teología, su culpable profanacion*, en la composicion del Telémaco, *su ridiculo engaño* en perseguir la fantasma del jansenismo; empero nada iguala al tono de este atrevido escritor por lo que mira á Clemente XI. Muchas veces vuelve á la carga contra este Papa, contra ese *perturbador, ese prevaricador, ese profanador*, contra ese *orgullo inflexible y su tenacidad escandalosa.* « *Si se hubiese celebrado un concilio general, ó bien Clemente XI se hubiese retractado á los pies de este tribunal supremo, de los escándalos que habia dado al mundo cristiano, ó bien se hubiese hecho una irrevocable deposicion en justa pena á su endurecimiento.* » He aquí como este respetuoso hijo de la Iglesia está hablando de su gefe. ¿Y no debe uno honrarse mas bien que ruborizarse de las invectivas de un hombre, capaz de olvidarse de sí mismo hasta tal punto?

Si de la forma pasamos al fondo de su libro, no hallaremos en él mas solidez. La primera parte está destinada enteramente á probar que el jansenismo no es sino una fantasma, y hasta puede decirse que en su fondo tal es el objeto de todo el es-

crito. Mas, no se diria sino que él mismo ha querido patentizar lo ridículo de esta asercion. « *Los dos poderes se agitan, dice, y desplegan todo lo que tienen de mas temido. Los Papas reunen congregaciones, pronuncian sentencias con el mayor aparato; el rey hace decretos en su consejo; el clero de Francia se reúne muchas veces; el sacerdocio y el imperio desenvainan la espada y juntan sus fuerzas...* ¿Podrá decirse, en efecto, que volviesen estas dos autoridades tan repentinamente ciegas, y que la luz y el sentido común se hubiesen refugiado en los que ellas perseguian? ¿A quién debemos atenernos para conocer la verdad, á los primeros pastores encargados de conservarla y defenderla, ó á un partido que pretende que esté por él? ¿Y se deberá creer que este partido no existe, solo porque él lo afirma? ¿Se acostumbra por ventura en los tribunales á dirigirse á los acusados, para saber si se ha verificado, ó no, el delito, y su testimonio es acaso válido para eludir las providencias tomadas contra ellos? Desde cincuenta años á esta parte, hay un partido muy osado que escribe y se revuelve; y cuando se trata de reprimirle, se quejan de que se esté persiguiendo una fantasma. Fantasma singular, que desde mucho tiempo está agitando la Iglesia, fantasma que solo no saben ver los que tienen interes en ocultarla.

¿Y qué? ¿son tambien fantasmas tantos escritos, folletos, disputas y declamaciones como ha habido? Los esfuerzos que todas esas gentes hacen para sustraerlos á la luz del dia bastan para atestiguar su existencia y sus intentos. El mismo P. Lambert es una prueba palpitante de la realidad de lo que llama fantasma, por cuanto no alaba sino lo que dimana de este partido y no vitupera sino lo que le es contrario. ¿Hase por ventura olvidado que la asamblea del clero de Francia en 1700 condenó esta misma proposicion que él pretende establecer con tanta pena? ¿Hase por ventura olvidado que esta censura se hizo á la requisicion é instancias de Bossuet, á quien no se atreverá tal vez á llamar ignorante y ciego el P. Lambert? ¿Quedaré sin fuerza la autoridad de tan grande hombre, y se la confundirá con la de tantos otros, sobre los cuales se ha querido derramar tamaño oprobio y desprecio?

No seremos nosotros los que sigamos al P. Lambert en una multitud de discusiones y de razonamientos á que se entrega. Una sola contestacion hay que darle, á saber, siendo las *Memorias una obra histórica* no se la debe *refutar sino con hechos*; por cuanto los hechos no se destruyen con disertaciones, argumentos ni comentarios. Jamas se redujo á la nada una historia con sutilezas y ne-

gativas osadas. Probad que tal serie de acontecimientos referidos en las *Memorias* es falsa, que esos escritos no han existido, que esas condenas son quiméricas, que esa guerra tan viva y tan tenaz es una pura imaginación, y entonces la causa es vuestra. Mas en vez de esto, el P. Lambert diserta furiosamente, oponiendo á un hecho razonamientos interminables. Cuando se le dice que este hecho ha sido condenado, replica que lo fué sin razón. Esto no es sino mudar el estado de la disputa, es sustituir razonamientos á relaciones. Nosotros le hemos presentado hechos, que responda con otros, si puede. Nos intima que le detalle los errores de los apelantes; mas el autor de las *Memorias* no ha pretendido escribir una obra de teología. Él no dogmatiza, refiere: no es controversista, sino historiador. Dejando á otros el cuidado de patentizar la justicia de las sentencias de la Iglesia, limita su objeto á referir la ocasión, las circunstancias y las secuelas de estas sentencias. Así que puede responder sencillamente al P. Lambert: « *Vuestra causa ha sido juzgada, Padre, y no soy ya á quien debeis promover de nuevo la cuestion. ¿ Os quejais de haber sido condenados injustamente? dirigios al juez que ha fallado la sentencia. En cuanto á mí estoy y debo estar fuera de causa. No escribo sino en virtud de auténticos do-*

eumentos, refiero hechos y avanzo siguiendo la autoridad, camino el mas seguro tanto para vos como para mí. »

Ignoro lo que el P. Lambert, á pesar de su facundia, hubiese podido replicar á esta brevísima defensa. Tal vez hubiese echado mano tambien de los medios á que tan frecuentemente ha recorrido. Hubiese dejado llevarse de su cólera y lanzado sobre su adversario un granizo de amargas reprensiones, injuriosos dicerios y términos despreciaivos. Mas estas graciosidades, que tan liberalmente ha prodigado en su volumen, son un tristísimo recurso. No hay peor consejero que la cólera. Sobre estraviar al que escribe no llega jamas á persuadir al que lee. Por sus negativas tan secas mereceria el P. Lambert mas de una vez las descortes calificaciones que está prodigando sin tasa. Ceñirémonos á dar de ello un ejemplo. El autor de las *Memorias* habia dicho en su *Introduccion* que Arnauld, en su famosa carta á un duque y par, renovaba la primera de las cinco proposiciones condenadas. Acerca de esto su bondadoso crítico, con su acostumbrada moderación, le acusa de ignorancia, de injusticia y de arrebató. *Es una prueba, dice, de que el autor de las Memorias no entiende pisca en estas materias; jamas han hecho á Arnauld sus censores semeiante reprension. Hiér-*

ralo de por medio el P. Lambert, porque no es nuestro ánimo volverle estas groseras calificaciones. No tenia sino que consultar la relacion hecha por el doctor Chapelas, otro de los comisionados de la Facultad de Teología, para examinar la carta de Arnauld. En ella hubiese visto que los comisionados, tan ignorantes, á lo que parece, como el autor de las *Memorias*, estaban igualmente persuadidos que la proposicion de Arnauld, esto es, la que se llamó *de derecho*, encerraba el error de la primera de las cinco proposiciones. Ahora bien ¿sobre quien deben recaer al fin las tachas de *ignorancia grosera*, de *error ridiculo* y de *exageracion calumniosa*, que nos intenta el petulante dominico? ¿Acaso le está bien que se dé esos aires de altanería y de desden, cuando él mismo se encuentra ignorando un hecho consignado en todas las historias de estos tiempos?

¿Y qué diremos aun, si recordamos otro escrito mas reprobable todavía del P. Lambert, escrito que acaba de despojarlo de toda consideracion en el ánimo de los lectores discretos y religiosos? En 1806 dió á luz la *Exposicion de las predicciones y promesas hechas á la Iglesia por los últimos tiempos de la gentilidad*; París, imprenta de Clo, 2 vol. en 12. En esta obra, que seria ridicula á no ser escandalosa, el P. Lambert, nombrado en

ella con todas sus letras, pierde todo freno. *Quéjase del supersticioso respeto de algunos católicos que reciben como tradicion las opiniones y conjeturas de algunos Padres.* Despues de haber puesto así de lado la autoridad de estos, desarrolla el autor sus sistemas, predica el milenarismo, anuncia un advenimiento, intermediario de Jesucristo, y se deshace de san Agustin diciendo, que este grande doctor *no podia tener ninguna idea distinta acerca del uso al cual destinaba á los judios la Providencia.* Con respecto á este particular los antiguos abundaban en esas preocupaciones: no habian examinado nada, y estaba reservado al P. Lambert darnos algunas luces sobre el porvenir. Mas ¿qué anuncia ese nuevo profeta? Que *Elias va á venir; que será desconocido de casi toda la gentilidad* (no designa de otro modo la Iglesia); *que será proscrito y condenado por el poder secular y la autoridad eclesiastica, por la muchedumbre de sacerdotes y pastores, presididos por el primer pontífice de la religion; que no son necesarios, ni penetracion, ni esfuerzos, para descubrir la primera cátedra de la Iglesia, bajo las figuras que anuncian el antecristo, y que la prostituta del Apocalipsis no es sino Roma cristiana, cuyos perniciosos errores, profana politica, soberbia dominacion, insaciable avaricia, culpables empresas....* espone en esta ocasion el tal P. Lam-

bert. He aquí el lenguaje edificante, he aquí las religiosas predicciones de este celoso católico. Los protestantes no han dado ejemplos de tamaños escesos. Por último, basta decir que en dicha obra se preconizan las convulsiones. Consagrado está un estenso pedazo á arrojarse sobre esta *obra divina*, sobre este *espectáculo fecundo en maravillas*, sobre este *signo consolador*. Se nos dice *que desde setenta años á esta parte ha levantado el Señor su estandarte en medio de nosotros*, y acerca de lo mismo se nos alega las hogueras, los alfileres tragados, las crucifixiones y las demas farsas ridículas ó escenas bárbaras que se practicaban en los desvanes. Tales son el juicio, la religion y la doctrina de este digno sacerdote, de este sabio profesor, de este piadoso hijo de santo Domingo. Nosotros habiamos hecho ya una crítica de su libro; *inde ira*. El P. Lambert ha querido usar de represalias contra nuestras *Memorias*. Creemos podernos consolar de este vano ataque, y hasta de podernos honrar con los procedimientos altaneros y las espresiones injuriosas de un hombre, que se ha quitado tan denodadamente la máscara, y que doblemente culpable, insulta tan sin vergüenza la Iglesia romana, viendo en ella el anticristo; y el sentido comun, ensalzando la divinidad de una obra de tinieblas y corrupcion.

La violencia del estilo del P. Lambert habia ofendido con justicia á todos los que tuvieron conocimiento de su libro. Hasta se habia tratado de denunciarlo, y nos consta que un eclesiástico respetable por su piedad, su celo, sus luces y su edad, habia querido hacer intervenir la autoridad eclesiástica contra una obra, donde se la ultrajaba de una manera tan indigna. Mas ya este arrogante y amargo escrito habia caido por sí mismo, cuando mas de tres años despues, pareció un nuevo folleto bajo este título: *La verdad de la historia eclesiástica restablecida por monumentos auténticos contra el sistema de un libro titulado: Memorias para servir á la historia eclesiástica del siglo XVIII, por M. S..., antiguo magistrado. París, diciembre 1814*. Este nuevo antagonista no imita el tono furioso del dominico. Generalmente hablando, procede con bastante moderacion, lo que es en verdad algo. Por lo demas parece participar de todas las preveniciones del P. Lambert. Es un hombre profundamente apasionado á la causa de la apelacion, y que no es tampoco gran panegirista de los papas y obispos. Afecta un grande espanto á los males que prepara á la Iglesia la nueva edicion de nuestras *Memorias*. Su celo por la verdad le ha conducido á declararse contra tan peligrosa y funesta publicacion. A lo que parece, no ha creído